

Compromiso del día 25

Leer y meditar el siguiente texto:

De la Imitación de María de Tomás de Kempis

Es justo y lógico que, después del recuerdo de la Santa Cruz, se tenga también un especial recuerdo de los dolores de la Santísima siempre Virgen María, Madre de Dios, la cual estuvo fielmente al lado de su querido Hijo Jesús, que pendía de la Cruz y moría por la salvación de todo el mundo. Espectáculo desgarrador, el de la Madre y el del Hijo crucificado: el de la Madre que llora y el del Hijo que sufre por ella; de la Madre anonadada de dolor y del Hijo que le habla; de la Madre que está al pie de la cruz y del Hijo que pende de la cruz, de la Madre que suspira y del Hijo que expira. Abismo de inmenso dolor, que no debe olvidarse nunca, sino que debe conservarse fuertemente grabado en el corazón de los fieles. Pilato hizo escribir sobre la tablilla fijada en la cruz: “*Jesús Nazareno, rey de los judíos*” (Jn 19, 19). Escríbelo tú también con letras de oro en tu corazón, contra los escarnios de los hombres y el terror de los demonios, y Jesucristo, Rey del cielo, te librá de toda persecución de los malvados. Si así lo hicieres, también estará a tu lado con sus oraciones María, la Madre de Jesús, para que no te desesperes en las angustias y en los últimos instantes de tu vida.

Ninguna madre sufrió y soportó tanto abatimiento y tan desgarrante dolor por la muerte del propio hijo, como esta amantísima Madre en la pasión de su querido Hijo, al participar en sus dolores. Se mantuvo firme aliado de su Cruz y, transida por la espada del dolor, lloró con inmensa amargura. Al observar tamaños sufrimientos en el Hijo, al que amaba de manera singular y por encima de todo, se debió a un verdadero milagro el que haya podido seguir viviendo todavía en el



cuerpo, mientras su alma era traspasada por la espada del dolor todas las veces que vio y oyó al Hijo lamentarse, dilacerado y escarnecido.

Si ustedes, hermanos, aman a nuestra Señora, y si desean su ayuda en todas las tribulaciones, deténganse con ella junto a la Cruz de Jesús, tomando parte de todo corazón en los padecimientos de ambos, para que Ella, en la hora de su muerte, ruegue solícitamente a fin de que se les perdonen sus pecados y sus faltas. Efectivamente, el que ruega, recuerda y medita con devoción y frecuencia la pasión del Señor y las lágrimas de su dolorosísima Madre, bien puede esperar en la misericordia de Dios y en la bondad de la Madre y del Hijo, que ellos estén presentes en sus necesidades y lo conforten al momento de morir. ¡Qué dichosa aquella alma que amó en vida a Jesús y a María, y meditó diariamente la dolorosa presencia de ella al lado de la cruz de Jesús! Si aman a Jesús, tomen su cruz, sigan su cruz, permanezcan al lado de su cruz, abrácenla y no la abandonen hasta que no estén junto a Jesús, verdadera luz, quien dijo: “*El que me sigue no camina en las tinieblas*”. Si desean ser consolados en cualquier tribulación, acérquense a María, Madre de Jesús, que está de pie junto a la Cruz, dolorida y bañada en lágrimas, y todo lo que los oprime se disipará o se volverá más soportable.

Si el enemigo maligno los tienta y les impide invocar a Dios y a María, no se preocupen y no dejen de alabarlos y de rezar; pero con más fervor invoquen a María, saluden a María, piensen en María, nombren a María, honren a María, inclínense ante María, recomiéndense a María. Permanezcan en casa con María; guarden silencio con María, disfruten con María; sufran con María, trabajen con María; velen con María, oren con María; caminen con María, estén sentados con María; busquen a Jesús con María, estrechen entre sus brazos a Jesús con María. Vivan en Nazaret con Jesús y María, vayan a Jerusalén con María, estén junto a la Cruz de Jesús con María, lloren con María; sepulsen a Jesús con María, resuciten con Jesús y con María, suban al Cielo con Jesús y con María; anhelan vivir con Jesús y con María.